

Lo que pasa en Las Vegas, se queda
en Las Vegas ¿o no?

Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas ¿o no?

María Bennet



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

©María Bennet 2026

© Entre Libros Editorial LxL 2026

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería, (España)

Primera edición: enero 2026

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 979-13-87621-81-0

INTRODUCCIÓN



Emily Larsen estaba preciosa. El vestido de novia le sentaba de maravilla y estaría más guapa aún sin la capa de tristeza que opacaba el azul de sus ojos. Llevábamos más de media hora esperando al novio, encerradas en una pequeña sala que la iglesia tenía junto al altar. Lejos de los murmullos y las miradas indiscretas de los invitados, quienes aguardaban sentados en sus respectivos bancos.

A esas alturas, nadie sabía nada del futuro marido ni de su paradero. La espalda de mi hermana se encorvaba un poco más con cada minuto que transcurría sin tener noticias de él, como si el desánimo se estuviera acomodando sobre sus hombros. Las palabras de ánimo sonaban vacías y cualquier intento de consuelo resultaba inútil en una situación como esa.

—¿Dónde narices se ha metido Christopher? —Arizona caminaba de un lado a otro, como un animal enjaulado. Las dos éramos las damas de honor y se suponía que estábamos allí para solucionar cualquier imprevisto. Novio a la fuga incluido—. En cuanto llegue, me lo cargo —nos aseguró nuestra mejor amiga.

La familia iba mucho más allá de la sangre y, para nosotras, era como una tercera hermana, la más alocada e impulsiva de las tres. Emily, en cambio, era todo lo contrario: tranquila y razonable. Yo estaba en un punto medio. Digamos que era una persona sensata con una buena dosis de locura.

Arizona tomó asiento junto a nosotras y le pedí que se tranquilizara con la mirada. Debíamos mantener la calma por Emily. Me entendió a la primera y cogió el ramo de flores de la novia para intentar arreglarlo. Mi hermana lo había estrujado tanto que los pétalos se habían arrugado como simples hojas de papel.

Un rato después, llamaron a la puerta y Emily se levantó de golpe. Todo en ella irradiaba esperanza, desde la forma en la que alzó la mirada hasta el temblor de sus manos. Sin embargo, no fue Christopher quien asomó la cabeza con timidez, sino Charlie. Aunque nosotras preferíamos llamarlo *papá*.

—¿Aún no sabemos dónde está el novio? —nos preguntó.

Nuestros padres se habían divorciado hacía años y no podían permanecer más de un minuto juntos en la misma sala. Decir que no se llevaban bien era quedarse corto, por lo que el único que había asistido a la boda había sido mi progenitor. Lo acompañaba su novia, una mujer mucho más joven que él.

Cuando mi madre se enteró, decidió enfermar en el último segundo. Tanto Emily como yo sabíamos que estaba pasando dicha enfermedad en el Caribe, así que no estábamos muy preocupadas. La relación con ellos siempre había sido fría y distante. Solo los veíamos en fechas señaladas, como en Navidad, y eso si ninguno podía evitarlo. Que Emily los hubiera invitado había sido más por puro trámite y educación que otra cosa.

De niñas nos usaban para lastimarse el uno al otro. Mientras jugábamos a las muñecas, Emily y yo aprendimos que tan solo nos teníamos la una a la otra. Hasta que llegó Arizona y la incluimos en nuestra infancia, adolescencia, madurez y futura, muy futura vejez.

—No, aún no se sabe nada —contesté. Cuando vi que a mi hermana se le humedecieron los ojos, supe que había llegado el momento de intervenir de nuevo—: No te angusties. Se habrá retrasado por cualquier tontería. Ya sabes cómo son estas cosas. Voy a salir para ver si hay alguna novedad, ¿de acuerdo?

La dejé entre los brazos de Arizona y me dispuse a buscar una vez más al capullo con el que, en teoría, iba a casarse.

—Será posible, Samantha. Al menos podrías haberte quitado el *piercing* de la nariz para la boda de tu hermana —me reprochó mi padre en cuanto cerré la puerta y nos quedamos a solas.

Típico de él lo de preocuparse más por mi apariencia que por el malestar de Emily. Sin embargo, todo en mí estaba tal y como me gustaba: un *piercing* en la nariz —mi querido septum—, un montón de pequeños aros decorando mis orejas y un vestido negro que cubría varios de mis tatuajes. Aunque quizá lo más llamativo de todo era mi cabello teñido de azul, a juego con mis ojos.

—Lo siento, pero el *piercing* se queda donde está. —Le di unas palmaditas en el hombro a modo de consuelo. Cada perforación, cada tatuaje y cada pelo tintado de azul formaba parte de mi personalidad. Parte de mí. No pensaba renunciar a ellos ya fuera la boda de mi hermana o la de la mismísima reina.

—Tenía que intentarlo.

—Ya, bueno, en estos momentos tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos. Como la ausencia del novio, por ejemplo. —Lo guie de vuelta hacia los bancos en los que la gente había tomado asiento para presenciar la boda—. Me vendría bien que intentaras calmar los ánimos mientras voy a buscar a Johnny. Es el mejor amigo de Christopher y lleva un buen rato al teléfono tratando de dar con él. Voy a ver si ha conseguido averiguar algo o si al final tenemos que cancelar la boda.

Tras contarle mis planes, salí. Encontré a Johnny cerca de la iglesia, dando vueltas en círculos con el móvil pegado a la oreja.

Llevaba un elegante traje de chaqueta y había sustituido la corbata por una pajarita llena de lunares blancos. Cuando terminó de hablar, se guardó el móvil en el bolsillo y encendió un cigarrillo con manos temblorosas. Sus gafas de sol no me permitían ver con claridad la expresión de su rostro, pero diría que estaba angustiado. Tuve un mal presentimiento.

—Eh, Johnny. —Le palmeé la espalda—. ¿Has podido localizar a Christopher? Aún no me creo que nadie sepa nada de él. Ni siquiera sus padres. Es imposible que...

—Acabo de hablar con él. —Dio una profunda calada al cigarrillo, como si necesitara llenarse los pulmones de nicotina para templar los nervios.

—¿Qué te ha dicho? ¿Por qué no está aquí? Más le vale tener una buena excusa y que lo haya atropellado un coche, porque si no te juro que...

—Lo siento, Sam. —Se quitó las gafas de sol y me miró con esos ojos marrones que a tantas chicas habían conquistado. Entonces lo supe.

—No va a venir. —El corazón se me encogió y las piernas me temblaron.

—Dice que se lo ha pensado mejor. Tiene demasiadas dudas y cree que tu hermana no es la mejor opción para él.

La crudeza de su declaración me golpeó de lleno y di un paso atrás. A mi alrededor todo seguía igual: la iglesia, el cielo despejado, la caricia del viento sobre mis brazos desnudos... Y, aun así, todo había cambiado. Intenté recordar un gesto o una señal que pudiera haber anticipado aquel desastre, sin embargo, estaba tan aturdida que era incapaz de pensar con claridad.

Inspiré hondo y solté el aire despacio para intentar tranquilizarme. Si quería mantener la situación bajo control, no podía permitirme perder los estribos. Emily me necesitaba más que nunca y no pensaba fallarle.

Cuando por fin asimilé las palabras de Johnny, la confusión se desvaneció y el desconcierto dio paso al enfado.

—¿Y no podía haberlo pensado antes? ¿Tenía que darse cuenta el mismo día de la boda? —Por mis venas empezó a correr fuego en lugar de sangre. Me dieron ganas de golpear algo muy fuerte. O más bien a alguien. Johnny era el que tenía más cerca, pero él solo había sido el mensajero. Sin embargo, en cuanto pillara a Christopher... Ese malnacido desearía que de verdad lo hubiera atropellado un coche.

Me pasé las manos por el rostro, presa del pánico. Johnny le dio una última calada al cigarrillo, tiró la colilla al suelo y la aplastó con la punta de sus relucientes mocasines.

—Hay algo más. —Su seriedad me puso alerta. ¿Qué podía ser peor que el novio no se presentara el día de tu boda?—. Hay otra.

El corazón me dejó de latir y se me cayó al suelo, delante de mis botas negras. Emily, mi hermana pequeña, la persona a la que más quería en el mundo, estaba a punto de sufrir lo indecible. Debería haber sido el día más feliz de su vida y, en lugar de eso, estaba desatándose un infierno a su alrededor que iba a destrozarla.

—Será mejor que vaya a decírselo y acabemos con esto cuanto antes. —Colocó su mano sobre mi hombro para reconfortarme.

—Yo se lo diré —dije con firmeza—. Soy su hermana. Es mejor que lo sepa por mí.

Asintió y entramos de nuevo en la iglesia. Él se dirigió hacia la zona en la que estaban los invitados para informar a todo el mundo de que la boda se había cancelado. Por mi parte, volví a la estancia donde Arizona seguía consolando a Emily.

Cerré la puerta a mi espalda. Mi hermana y mi amiga continuaban sentadas en el banco, tal y como las había dejado cuando me marché, como si el mundo se hubiese detenido dentro de este cuarto. Ojalá hubiera sido así, porque me temía que los próximos minutos iban a desgarrarnos de dentro hacia fuera.

—¿Ya está aquí? —La sonrisa temblorosa de la novia me rompió el corazón—. Por favor, dime que se le había roto el coche o algo así y...

Respiré hondo y caminé hacia ella. Me agaché frente a mi hermana y le cogí las manos con delicadeza.

—Emily, tenemos que hablar.

—¿Por qué tienes esa cara? Me estás asustando.

Arizona le pasó el brazo por los hombros para demostrarle que, pasara lo que pasara, no estaba sola.

—No hay una forma agradable de decirte esto, así que seré breve. Christopher no va a venir.

Emily se quedó en silencio unos segundos, como si le estuviera hablando en un idioma desconocido y le costara entender el significado de mis palabras.

—¿Cómo que no va a venir? ¿Se encuentra bien?

Se me tensó todo el cuerpo. Su novio nunca la había merecido y que se preocupara por él hasta el último segundo acrecentó aún más mi ira.

—Está bien, pero no va a casarse contigo —respondí—. Acabo de hablar con Johnny y, al parecer, Christopher está con otra. Tenía dudas y la ha escogido a ella.

Las palabras me rasparon la garganta y me dejaron un regusto amargo. Emily se quedó quieta, ni siquiera parpadeó. El ramo de flores cayó al suelo, tan roto como su corazón, y Arizona le frotó el brazo con cariño. Ninguna de las dos sabíamos cómo aliviar tanta desdicha.

—No lo entiendo. Ayer me dijo que me amaba. Lo noté algo nervioso y distante, pero creí que eran los nervios previos a la boda —dijo con la voz quebrada por la emoción.

—Hay gente que no sabe querer bien —intervino Arizona—. Y ese malnacido nunca ha sabido valorarte. Te aseguro que, tarde

o temprano, se dará cuenta de lo que ha perdido y se arrepentirá de esto.

—Lo siento mucho. —Me senté junto a ella sin soltarle las manos—. Johnny les está diciendo a todos que se ha cancelado la boda. No tienes que dar ninguna explicación y podemos salir de aquí cuando quieras. Nosotras nos encargamos de todo, solo dínos qué necesitas.

—A vosotras, solo a vosotras —contestó al mismo tiempo que una lágrima se deslizaba por su mejilla.

La abrazamos con fuerza. Intentamos crear una especie de burbuja a su alrededor que la mantuviera a salvo del resto del mundo y de todo ese sufrimiento. Emily se rompió en mil partes que nosotras tratamos de mantener unidas sin mucho éxito. Y allí, mientras arreglábamos las fisuras que Christopher había provocado en su alma, supe que la maldición que perseguía a nuestra familia acerca del amor era cierta.

Siempre había sido un poco escéptica al respecto, pero ya no me cabía ninguna duda. Mis abuelos, mis padres, mi hermana, incluso yo misma había sido presa de ella.

Mi familia no estaba hecha para el matrimonio y me prometí a mí misma que jamás me casaría.

Y yo siempre cumplía mis promesas.

CAPÍTULO 1



Había pasado una semana desde el plantón de la boda. Arizona y yo irrumpimos en el cuarto de mi hermana como un huracán de categoría cinco. El peor de todos.

—¡Arriba, dormilona, tenemos muchos planes para hoy!

En cuanto Emily se enteró de que Christopher la había dejado por otra, hizo las maletas a toda prisa, se fue del piso en el que vivían y se instaló en mi apartamento, o más bien en mi habitación de invitados. No quería volver a verlo y, para colmo, su novia se había mudado con él justo después de dejarla tirada ante el altar.

Su ex nunca había sido santo de mi devoción, y mucho menos el de Arizona. Mi hermana era demasiado cándida para este mundo y, sobre todo, para él. Christopher había sido un rompecorazones antes de salir con ella, pero le aseguró que estaba locamente enamorado y que había dejado atrás su etapa de ligues sin compromiso.

Ahora buscaba algo más serio, y en su futuro solo había lugar para Emily. ¡Ja! Arizona y yo jamás le creímos, pero era ella quien debía decidir si quería seguir a su lado o no. Le rogamos que tuviese cuidado y le advertimos de que ese hombre no era de fiar, sin embargo, su ingenuidad y el amor que sentía la cegaron hasta el punto de no querer escucharnos. No nos quedó más remedio que respetar su decisión. Al fin y al cabo, era una mujer de veintiséis años que sabía pensar por sí misma.

Hasta que la verdad le abrió los ojos de golpe. Como respuesta a los desplantes de su ex, había decidido tomarse unas vacaciones que le debían del trabajo y estaba utilizándolas para esconderse bajo las sábanas. Estaba deprimida, y no me sorprendía después de todo lo que había pasado. Ni siquiera podía imaginarme cómo se sentía.

Le dimos unos días para que se autocompadeciera y llorara un río entero. Pero, una vez que dejó salir todo ese dolor, queríamos mostrarle que había vida más allá de un corazón roto y que estaba frente a un nuevo comienzo.

Abrí las cortinas de par en par. Los rayos de sol iluminaron la habitación y dejaron a la vista un montón de envoltorios de chocolatinas, ropa tirada por todas partes y un gran bulto bajo las sábanas de la cama. Supuse que ese bulto era mi hermana, y lo confirmé cuando nos dedicó un par de insultos bastante originales por irrumpir en sus sucios y malolientes dominios. Ah, nada como el amor fraternal.

Arizona cogió una maleta, la dejó a los pies de la cama y se puso a hurgar en el armario. Me senté en el colchón y, poco a poco, aparté las sábanas para dejar el precioso rostro de Emily al descubierto. Tenía los ojos rojos e inflamados de tanto llorar y el pelo enmarañado.

Se me partía el alma de verla así. Solo era dos años mayor que ella; sin embargo, cuidarla había sido mi responsabilidad desde que tenía uso de razón. No podía culparme por las acciones de

Christopher, pero sí podía hacer todo lo posible para animarla y sacarla del pozo oscuro y deprimente en el que había caído.

—¿Cómo te encuentras? —Le tendí uno de los pañuelos de papel que tenía en la mesita de noche.

—Fatal. —Se sonó la nariz con fuerza y se incorporó—. No volveré a pensar en casarme jamás. Bastante follón he tenido ya con cancelar una boda y devolver todos los regalos.

Arizona echó un par de camisetas en la maleta. Sus genes jamaicanos la habían bendecido con una belleza exótica y salvaje: ojos verdes, piel oscura, pelo rizado y piernas kilométricas. Una auténtica diosa de ébano que no dejaba de sacar prendas del armario. Aproveché para meter varios zapatos en el pequeño macuto que había traído. No había tiempo que perder.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —Mi hermana alternó la vista entre una y otra con el ceño fruncido.

—El equipaje —contestó Arizona como si nada.

—Por cierto, será mejor que te duches y te pongas algo decente. Salimos en media hora. —Metí unos preciosos tacones de aguja dentro del macuto—. Tomaremos algo por el camino. Ya es hora de que dejes de alimentarte a base de barritas energéticas.

—Y, antes de todo eso, ¿os importaría decirme por qué me estáis haciendo el equipaje y adónde se supone que vamos?

—¡A tu luna de miel en Las Vegas! —gritamos Arizona y yo al mismo tiempo.

Mi hermana se atragantó y le di varias palmaditas en la espalda.

—A las tres nos vendrá bien salir de aquí unos días, sobre todo a ti —dijo nuestra amiga—. Te sentará bien un cambio de aires.

—Un momento, ¿cómo es que nos vamos a mi luna de miel? ¿Y qué es eso de que iremos las tres? Por si no os acordáis, al final no me casé. —Emily se cruzó de brazos.

—Verás, después de lo que pasó, Ari y yo nos dimos cuenta de que tu ex no había cancelado la reserva —le expliqué—. Quizá se

siente culpable o no ha podido hacerlo con tan poca antelación. —«O ha estado demasiado ocupado dedicándole a su nueva novia el tiempo que no te dedicó a ti»—. El caso es que lo ha dejado todo pagado y sería una lástima desperdiciar una *suite* nupcial en un hotel de cinco estrellas. Tu sueño es ir a Las Vegas y no voy a permitir que te quite ni una sola ilusión más.

Si Christopher pensaba que no íbamos a aprovechar esa oportunidad, estaba muy equivocado. Era lo mínimo que podía hacer después de haber plantado a mi hermana en su propia boda y de haberla humillado delante de sus amigos y familiares. Le había partido el corazón en quince trozos, por lo que pasaríamos quince días en Las Vegas tratando de recomponerlo.

—¿Y cómo es que vamos a ir las tres? —insistió Emily—. ¿No estaba la reserva hecha a nuestro nombre?

—¡Exacto! —respondió Arizona con una sonrisa triunfante—. Estaba a nombre de los dos y tú apareces como huésped principal. Así que solo tuvimos que llamar al hotel para avisar de que harías el *checking* con dos acompañantes, y nos dijeron que no había problema. Una de nosotras podrá dormir en el sofá cama de la *suite* sin coste adicional. Supongo que, en hoteles de esta categoría, están acostumbrados a hacer lo posible por quedar bien con los clientes.

—Que tuvierais la luna de miel programada justo una semana después de la boda nos facilitó mucho las cosas —añadí—. Nos dio tiempo para atar los cabos sueltos y comprar los billetes de avión.

—Siento que os hayáis tomado tantas molestias —Emily soltó un profundo suspiro—, pero no pienso ir a ningún sitio.

—Ya te digo yo que sí. —Arizona se apartó un par de rizos del rostro y lanzó un vestido a la maleta—. No vamos a dejar que te hundas por culpa de ese imbécil. Vamos a hacer ese viaje y lo vamos a disfrutar como nunca. Beberemos tantos cócteles que,

para cuando acabe la noche, te estarás preguntando: ¿Christopher? ¿Quién era ese?

—Así que date prisa y métete en la ducha, Emily —le pedí mientras cerraba el macuto con sus zapatos—. No queremos que se nos haga tarde y perder el avión.

—¿Y qué hay de vuestros trabajos?

En mitad de la habitación ocurrió un pequeño milagro y mi hermana se levantó de la cama. La luz que entraba por la ventana le iluminó las facciones, mucho más suaves y aniñadas que las mías. Era como una versión de mí más bajita y dulce. También más melancólica.

—Nos hemos pedido unos días libres —contestó Arizona.

Mi amiga trabajaba como dependienta en una tienda de ropa durante el día y como camarera en un bar por la noche. Venía de una familia humilde y siempre hacía todo lo posible por llevar algo de dinero a casa. Yo solía echarle una mano en el bar cuando necesitaba algún ingreso extra, aunque mi principal sustento eran los libros. Llevaba años siendo escritora, así que podía permitirme viajar adonde quisiera siempre que fuera con mi ordenador portátil. De hecho, pensaba llevármelo a nuestro peculiar viaje. Jamás salía de casa sin él.

Nunca sabía cuándo me vendría la inspiración y, después de lo que ocurrió con mi ex, estaba atravesando un fuerte bloqueo creativo. Llevaba meses sin escribir ni una sola página y necesitaba que las musas volvieran a visitarme cuanto antes. Tal vez lo harían en un lugar tan variopinto como Las Vegas. Mientras tanto, me las arreglaba con los ingresos de mis novelas anteriores y con la corrección de manuscritos de otros autores.

—No tenáis por qué. —Emily se emocionó al saber que nos habíamos tomado tantas molestias por ella.

—Claro que sí —le respondí, dándole un abrazo.

—Los habríamos cogido de todas formas para estar contigo comiendo helado, viendo películas románticas y haciéndole vudú a Christopher. —Arizona se acercó a nosotras con una enorme sonrisa en el rostro.

—No tienes que preocuparte por nada —le aseguré—. Tú solo lávate el pelo y ponte algo bonito mientras terminamos de prepararte la maleta. Las nuestras ya están listas, y un taxi llegará en cualquier momento para llevarnos al aeropuerto. No te habíamos dicho nada antes para que no intentaras disuadirnos.

—Por lo que veo no tengo escapatoria —comentó Emily, sorprendida por nuestra envidiable capacidad de organización.

—Tú lo has dicho. —Arizona la echó de la habitación y volvió a meter la cabeza en el armario.

Iba a ser un gran viaje, sin duda.

CAPÍTULO 2



Lo habíamos hecho, ¡estábamos en Las Vegas! Disfrutando de lo que debería haber sido la luna de miel de mi hermana. Corazones rotos aparte, Emily había salido ganando. Arizona y yo éramos mucho más divertidas que ese traidor al que llamaban Christopher. Y mucho más leales.

La ciudad era tan increíble, caótica y luminosa como había imaginado. En cada esquina había un hotel, un restaurante temático o un casino. Me moría de ganas de ver cómo se transformaba al caer la noche y envolvía a los transeúntes con sus luces de neón y sus llamativos colores.

Una vez que bajamos las maletas del taxi y le pagamos al conductor, entramos en el hotel y nos dirigimos a recepción para registrarnos y recoger la llave de la *suite* nupcial. Mientras Arizona y Emily daban sus datos al recepcionista, me quité las gafas de sol y

me las puse sobre la cabeza. Ese hotel no se merecía que lo vieran a través de unas lentes oscuras.

La entrada tenía una enorme puerta giratoria, techos adornados con lámparas de araña y una vistosa decoración en tonos blanco, rojo y dorado. Era impresionante. Una lástima que Christopher hubiera puesto mucho más esmero en su luna de miel que en su relación.

Con la llave de la habitación en la mano, nos dirigimos hacia los ascensores con nuestro equipaje. La *suite* nupcial estaba en la planta cincuenta. Cuando llegamos, Emily deslizó la tarjeta por el lector que había sobre la manivela y nuestras vacaciones comenzaron en el momento en el que se escuchó un pequeño clic.

La puerta se abrió apenas unos centímetros y, en cuanto vimos lo que había en su interior, Arizona y yo empujamos a mi hermana a un lado, le arrebatamos la tarjeta, entramos en la habitación y le cerramos la puerta en las narices.

—¡Eh! —nos gritó—. ¿Se puede saber qué estáis haciendo?

—¡Un segundo!

No había ninguna duda de que la habían preparado para celebrar una luna de miel. Allí donde miraras había una maldita rosa, un montón de corazones y... Dios santo, ¿en ese cartel daban la enhorabuena a los recién casados? Arizona y yo nos miramos con auténtico pavor.

—Mierda —soltamos al mismo tiempo.

Un segundo después corríamos por toda la habitación para deshacernos de cualquier rastro de amor o asquerosa felicidad. Recogí el camino de pétalos de rosa que llevaba hasta la cama y lo escondí debajo de un cojín. Arizona se metió un montón de caramelos con forma de corazón en la boca y, como no sabía qué hacer con el enorme oso de peluche que había sobre la almohada, lo lanzó por la ventana. Junto con el cartel en el que habían escrito con letras enormes: «¡Felicidades, ya estáis casados!».

—Chicas, ¿se supone que esta es mi habitación! —Emily aporreó la puerta con fuerza—. ¿Vais a dejarme fuera todo el día? Además, he secuestrado vuestro equipaje. Como no me dejéis entrar, os quedáis sin bragas.

—Ya ves tú qué amenaza. —Arizona explotó uno a uno los globos con forma de corazón que habían atado en un poste de la cama. Cuando terminó, echó un vistazo a su alrededor para ver dónde los escondía. Como no vio ningún rincón que la convenciera, acabó metiéndoselos en el escote.

Metí todas las rosas que encontré en un jarrón y lo dejé sobre una mesa, como si fueran un simple objeto decorativo. Emily volvió a llamar a la puerta. No teníamos más tiempo. Habíamos dejado a mi hermana en la calle nada más llegar a su propia habitación. Tendría que bastar con lo que habíamos hecho.

—Ya era hora. —Emily arrastró su maleta con ruedas hacia el interior de la estancia en cuanto le abrí la puerta—. Vaya, es aún mejor de lo que imaginaba.

Parpadeé un par de veces y miré a mi alrededor. Había estado tan concentrada en eliminar cualquier cosa que le recordara que aquel debería haber sido un viaje romántico en lugar de uno divertido, que apenas me había detenido a admirar la lujosa habitación en la que íbamos a alojarnos durante los próximos quince días.

El dormitorio era enorme. Tenía casi el mismo tamaño que mi apartamento y lo presidía una tentadora cama de matrimonio cubierta de cojines y sábanas de seda gris. Un amplio ventanal ocupaba toda la pared y las vistas eran espectaculares.

La habitación estaba conectada con un pequeño salón donde había un sofá cama y la televisión más grande que había visto en mi vida. El baño tenía una ducha con hidromasaje y unos geles que daban ganas de comérselos por lo bien que olían. En resumen, todo era espacioso, ostentoso y, para nuestra desgracia, romántico.

—Chicas, ¡bienvenidas a Las Vegas! —Emily dio un par de palmadas, entusiasmada.

Arizona levantó el pulgar en señal de aprobación y yo asentí con la cabeza, demasiado aturdida como para añadir nada más en ese momento. Necesitábamos descansar unos segundos después de haber escondido, aniquilado o quemado a la velocidad de la luz cualquier elemento rojo o que incitara al amor. Durante los próximos días queríamos alejar al fantasma de Christopher tanto como fuera posible, aunque nadie nos había dicho que iba a ser tan agotador.

Diez minutos después nos encontrábamos deshaciendo el equipaje con una sonrisa en los labios. Era imposible sentirse cansado o apático en Las Vegas. Esa ciudad rezumaba energía y te incitaba a hacer locuras. El armario era tan grande que podíamos compartirlo entre las tres.

—Ya es un hecho, vuestra familia está maldita para el amor —comentó Arizona mientras colgaba uno de sus impresionantes vestidos en una percha.

Al principio todo había surgido como una broma. Nuestra amiga se dio cuenta de que, generación tras generación, ningún Larsen parecía tener suerte en el amor y, entre risas, comentamos que quizá una maldición pendía sobre nosotros. Pero, tras los últimos acontecimientos, comencé a pensar que tal vez era cierto.

Todo empezó con mis abuelos. No se soportaban; sin embargo, se negaron a divorciarse por el qué dirán, así que su día a día consistía en hacerse la vida imposible el uno al otro. Luego vinieron mis padres. Ellos sí que se divorciaron, aunque eso no fue más que el inicio de una absurda competición por ver quién se buscaba a la pareja más joven.

Después llegó mi turno. Ocurrió hacía poco más de un año, no obstante, la herida que me había provocado Joseph había sido tan profunda que aún no había logrado cicatrizar del todo. Fue él

quien me hizo creer que los finales felices no existían, me mostró el sabor de la traición y me enseñó que las rosas más bellas también tenían espinas.

Por último, estaba Emily, a la que el novio había plantado en el altar para irse con otra. A raíz de todos esos sucesos, incluso una escéptica como yo empezaba a creer en la maldición. Demasiadas coincidencias y desgracias para una sola familia.

—¿Intentas animarnos o deprimirnos? —Guardé los zapatos en la parte baja del armario.

—Tranquila, yo también estoy maldita. —Arizona sacó otro vestido de su maleta—. Hace mucho que tengo asumido que voy a morir sola y que mis futuros gatos heredarán mi sofá. Así que hoy brindaremos por los corazones rotos y nos emborracharemos hasta que lo que tengamos roto sea el hígado.

—Me parece un buen plan. —Emily salió del cuarto de baño después de haberse refrescado un poco.

—Vaya, alguien se está pasando al lado oscuro —sonreí.

Solíamos movernos en una balanza en la que teníamos que equilibrar la arrolladora locura de Arizona con la aburrida sensatez de Emily. Sin embargo, parecía que en Las Vegas no íbamos a tener ese problema. Por mí encantada. Me gustaba que mi hermana hubiera venido predispuesta a pasarlo bien y a desmelenarse, aunque fuera un poco. Al fin y al cabo, habíamos venido hasta aquí para eso. Si había alguien en el mundo que necesitaba beberse un chupito en un ombligo ajeno, esa era Emily.

Tras deshacer las maletas, dimos una vuelta por los alrededores y nos apuntamos a varias excursiones que el hotel tenía programadas para los próximos días. Sobra decir que todo corría a cargo del *bueno* de Christopher. Ah, el karma, qué maravilloso era a veces.

Cenamos en el bufé del hotel y nos preparamos para celebrar nuestra primera noche en Las Vegas. Mi hermana se tomó su tiem-

po frente al espejo, con esa paciencia que tanto la caracterizaba. Eligió un vestido rosa que resaltaba su piel pálida y hacía brillar aún más sus ojos azules. Al igual que yo, tenía el pelo tan oscuro como la noche y se lo había recogido en una trenza que le caía por la espalda.

Mi mejor amiga, en cambio, apostó por un top negro, unos pantalones ajustados y un toque de purpurina sobre los párpados. Era puro magnetismo en movimiento. Yo me puse un vestido corto y mis inseparables botas negras. El único día en que me pondría unos tacones que desafiaran a la gravedad sería el de mi boda. Y eso no iba a ocurrir nunca.

Perdí la cuenta de todos los casinos que visitamos, entramos a un club de estriptis por accidente y, para rematar la noche, terminamos bailando en una discoteca que parecía una nave espacial. Tras tomar varios chupitos juraría que lo era.

Varias horas y un tacón roto después, pedimos un taxi. Arizona era la que iba más perjudicada, ya que había insistido en probar todos los cócteles de la carta. Dos veces. Después de pagarle al taxista, Emily cogió el brazo derecho de nuestra amiga y se lo echó sobre los hombros. Yo cargué con el izquierdo. Era un misterio cómo conseguimos atravesar la puerta giratoria del hotel sin arrancarnos ninguna extremidad.

—Tías, me caéis muy bien y todo eso, pero ahora en serio, tengo que volver a mi cuarto con Samantha y Emily. —Arizona nos miró con los ojos entrecerrados, como si la hubiéramos secuestrado.

—Nosotras somos Samantha y Emily —gruñí mientras pulsaba el botón para llamar al ascensor.

El minuto que tardó en llegar se me hizo eterno. Cuando las puertas se abrieron, nos encontramos frente a dos hombres corpulentos y una mujer. Uno de ellos llevaba el pelo rapado al estilo militar, con la parte central un poco más larga que los laterales.

Tenía un rostro bien perfilado y unos ojos color miel que, sin duda, habían roto más de un corazón.

—Señoritas —nos saludó de forma galante mientras salía del ascensor.

A mí no me engañaba. Ese hombre tenía tatuada sobre una ceja la palabra «mujeriego», y sobre la otra, «problemas». Aunque su amigo no se quedaba atrás. Levanté la vista para mirarlo, ya que llegaba sin dificultad al metro noventa.

Tenía el cabello tan negro como la mayoría de mis camisetas, sus ojos eran de un indescifrable color gris y sobre la ceja derecha destacaba una pequeña cicatriz que, lejos de afearlo, le confería cierto aire de tipo duro que lo hacía aún más irresistible.

Su brazo rodeaba los hombros de la mujer rubia que lo acompañaba. Llevaba un vestido de seda que parecía flotar a su alrededor y un perfume que olía a jazmín y derroche. Todo en ella gritaba esplendor y elegancia: las ondas doradas de su cabello, las marcas que vestía, y esa forma un tanto despectiva con la que nos miraba, como si fuera una reina y nosotras la plebe.

—¿Os echo una mano? —El tipo de ojos grises se colocó junto a las puertas del ascensor para que pudiéramos pasar sin que se cerrasen.

—Tranquilo, está todo controlado. Mi amiga necesita descansar un poco —dije al pasar junto a él.

Emily pulsó el botón de la planta cincuenta y el atractivo desconocido soltó las puertas del ascensor. Nos hicimos un buen repaso visual en cuestión de segundos. Su mirada descendió con lentitud por mi pelo azul, mi vestido negro y mis botas. La mía se fijó en la anchura de sus hombros, la indecencia con la que los vaqueros colgaban de sus caderas y la fuerza que irradiaba su cuerpo.

Fue deseo a primera vista y ardí bajo la intensidad de sus ojos. Con ese hombre a tu lado el infierno podría ser un lugar agradable. Abrió la boca con la intención de hablar, pero la mujer que llevaba

del brazo le susurró algo al oído y logró acaparar su atención. Las puertas se cerraron de golpe y me dejaron frente a mi propio reflejo.

—¿Qué ha sido eso? —me preguntó Emily.

—¿El qué?

—No finjas que no sabes de lo que hablo —me acusó—. Ese tipo y tú os estabais haciendo cosas sucias con la mirada.

—Qué va. Además, ¿no has visto que iba acompañado?

—Eso no quiere decir que no te desee —farfulló Arizona, que parecía recobrar el conocimiento solo cuando le interesaba.

—Lo que vosotras digáis. —Solté un suspiro resignado.

Conseguimos entrar en la *suite* entre bamboleos y la estridente risa de nuestra ebria amiga. La tumbamos con cuidado en el sofá cama, le quitamos los tacones y le echamos una sábana por encima.

—¿Crees que estará bien aquí? —susurró Emily.

—No parece que tenga ninguna queja.

Arizona dormía a pierna suelta y seguro que todas las habitaciones del hotel estaban escuchando sus ronquidos. Una guerrera caída en combate. Nos tapamos la boca para amortiguar el sonido de nuestras risas y no despertarla. Nuestra amiga se había enfrentado a la Ciudad del Pecado y el resultado no podría estar más claro.

Las Vegas 1, Arizona 0.

CAPÍTULO 3



—¡Vamos, chicas, a levantarse! —Arizona abrió las cortinas de par en par.

Ahora entendía cómo se había sentido mi hermana cuando la arrancamos de las suaves sábanas de su cama para arrastrarla hasta Las Vegas. No era una sensación agradable. Emily refunfuñó desde el otro lado del colchón y se tapó los ojos con un brazo.

Me obligué a levantar un párpado y cogí mi móvil para mirar la hora. Las siete de la mañana. Habíamos quedado en que hoy madrugaríamos para aprovechar el día y bajar a desayunar al bufé del hotel, que abría a las ocho. Sin embargo, eso fue antes de que nuestra amiga nos arrastrara por la mitad de los casinos y un tercio de las discotecas que había en la ciudad.

Arizona se sentó a mi lado sobre la cama y sonrió de oreja a oreja. Me estremecí.

—¿Por qué estás de tan buen humor? ¿No tienes resaca? —Gruñí con un ojo abierto. El otro se negaba a ver la luz del sol todavía.

—No puedo tenerla porque aún no he dejado de beber. —Se encogió de hombros y agitó la copa que tenía en la mano.

—¿Estás tomándote un cóctel a las siete de la mañana? —Miré estupefacta cómo se llevaba un vaso de contenido rojo a los labios.

—Si es un Bloody Mary, cuenta como desayuno. Lleva más tomate que alcohol. Y mira, le he puesto un tallo de apio. —Cogió la verdura y le dio un buen mordisco—. Qué asco. Mejor se lo quitamos. —Lo sacó del vaso con la punta de los dedos, lo dejó sobre la mesita de noche y le dio otro trago a su desayuno.

Hubiera puesto los ojos en blanco si no fuera porque aún los tenía medio cerrados a causa del sueño. Arizona era muy enérgica. No importaba lo poco que hubiera dormido, siempre estaba lista para entrar en acción. No como yo, que necesitaba al menos seis benditas horas de sueño reparador. Siete si había salido, que una empezaba a tener una edad.

—Vamos, chicas, ni que fuera vuestra primera juerga. —Arizona rebañó los bordes de la copa con el dedo índice y se lo llevó a la boca—. Si ponéis un poco de vuestra parte, seguro que os levantáis como nuevas.

Me senté a regañadientes sobre la cama. Uno de los tirantes de mi camiseta negra resbaló por mi hombro y me coloqué varias ondas de pelo azul detrás de la oreja. Podría haber dicho que estaba hecha un desastre. Pero lo cierto es que iba así la mayor parte del tiempo: sencilla y natural.

No solía maquillarme demasiado, a menos que la ocasión lo exigiera, y me bastaba con pasar las manos por mi melena para darle algo de forma y que cayera con gracia sobre mis hombros. Después me ponía todos mis pendientes, me vestía con algo negro y ya estaba lista para afrontar un nuevo día. Aunque Las Vegas y mi mejor amiga eran una combinación difícil de sobrellevar.

—Por cierto... ¿Qué pasó anoche? —Arizona levantó su copa, se bebió hasta la última gota y dejó el vaso sobre mi mesita de noche, al lado del apio.

—Así que el Bloody Mary te ayuda con la resaca, pero no te devuelve la memoria, ¿eh? —Me burlé.

—No te olvidaste de gran cosa. Bebimos, bailamos, lo pasamos bien. —Emily se sentó junto a nosotras y me miró con una sonrisa malévola, como si acabara de recordar algo—. Y Samantha ligó con un chico.

Puse los ojos en blanco.

—Ah, sí, lo recuerdo, el tío bueno del ascensor —comentó Arizona.

—De eso sí que te acuerdas, ¿eh? —Me levanté de la cama. Aquella conversación me había espabilado de golpe—. No ligué con nadie. Y os recuerdo que ese tipo iba acompañado de una rubia espectacular, además de que no estamos aquí para eso. —Abrí el armario para escoger un conjunto con el que poder explorar la ciudad de arriba abajo. Algo cómodo y negro, seguro.

—Anda que no. —Arizona también se puso en pie—. Hemos venido para animar a tu hermana y hacer lo que nos dé la gana. ¡Estamos en Las Vegas!

—Da igual que estemos en Las Vegas o en China. Estoy maldita en cualquier parte del mundo, así que no quiero saber nada de los hombres y nada del amor. Y mucho menos después de que... —Guardé silencio, saqué la cabeza del armario y miré a Emily.

—Tranquila, puedes decirlo —me animó—. Desde que la mano derecha de Satanás me plantó en el altar.

Mis labios esbozaron una sonrisa. Estaba orgullosa de ella. No solo porque ya fuera capaz de verbalizarlo en voz alta, sino porque Emily casi nunca decía palabrotas. Y aunque esa no había sido de las más fuertes, no estaba mal para una novata como ella en cuanto a blasfemias.

—Decid lo que queráis, pero no está nada mal para ser nuestra primera noche en Las Vegas —nos aseguró Arizona—. ¡No puedo esperar a ver qué nos depara el día!

Emily rio por su entusiasmo y no pude evitar sonreír de nuevo. Mi hermana y Arizona empezaron a discutir por ver quién se duchaba primero, y me perdí en mis pensamientos. A pesar de lo que había dicho, en ese instante me vino a la cabeza la imagen de unos ojos grises. Y una cicatriz en la ceja.

Después de dar un par de vueltas por el bufé del hotel, tomamos asiento en una mesa junto a la ventana, dispuestas a devorar la primera comida del día. El comedor estaba muy concurrido, pero era tan grande que podías recorrerlo de un lado a otro sin rozarte con nadie.

Aproveché que mi amiga estaba recordando con Emily algunas de las proezas que hizo anoche para robarle un sorbo a su zumo de naranja. Me había cogido un café para recargar energías, pero su vaso tenía tan buen aspecto que no había podido resistirme a darle un par de tragos. Fruncí el ceño cuando me di cuenta de que sabía muy fuerte.

—Arizona, ¿esto lleva alcohol? —Arrugué la nariz y dejé la copa sobre la mesa, bien lejos de mí.

—Claro que lo lleva —contestó, indignada, como si la hubiera ofendido al haberlo puesto en duda—. Estamos en Las Vegas, aquí todo está hecho de alcohol. Incluso el trozo de fruta que se está comiendo tu hermana. —Emily miró su fresa a medio comer con los ojos entrecerrados—. Tan solo es una mimosa. Y, para vuestra información, está riquísima. Un diez para el bufé de este hotel.

Seguimos desayunando en un cómodo silencio. Los rayos de sol que se colaban por las ventanas iluminaban el comedor y a los huéspedes que entraban y salían de él. Me llevé la taza de café a los labios y Arizona me dio un codazo para llamar mi atención.

—¿Ese no es el tío bueno del ascensor?

Seguí la dirección de su mirada y me topé con él. Llevaba una camiseta negra de manga corta y unos vaqueros. Su cabello seguía igual de despeinado que anoche y sus ojos eran tan grises como los recordaba.

Esta vez también iba junto a su amigo, el que llevaba el pelo cortado al estilo militar y tenía los ojos color miel. Aunque no había rastro de la mujer despampanante que lo acompañaba anoche. Al parecer se hospedaban en el hotel, y eso tan solo podía significar una cosa: que cabía la posibilidad de toparme con él más veces. Aún estaba decidiendo si eso era algo bueno o malo cuando Arizona volvió a darme otro codazo.

—Menudo espectáculo para la vista —comentó—. Vamos a decirles algo.

—¿Qué? Ni hablar, no estamos aquí para eso —insistí—. Sino para animar a Emily.

—Pues que tú te liaras con alguien la animaría. ¿A que sí, Em? —Arizona se giró hacia ella.

—Meh. —Mi hermana se encogió de hombros sin dejar de degustar su macedonia. Eso, mejor que comiera kiwi a que se compinchara contra mí.

Durante unos segundos espí al tío bueno del ascensor, escondida detrás de mi taza. No sirvió de mucho. De repente se giró en nuestra dirección, como si hubiera sentido la intensidad de mi mirada sobre su nuca. Cuando sus ojos se toparon con los míos, las comisuras de su boca se elevaron hacia arriba y me regaló una de las sonrisas más bonitas y sexis que había visto nunca. Me había reconocido y, para demostrarlo, me saludó con la mano.

Si hubiera sido como mi hermana, estaría muerta de vergüenza y me habría escondido detrás de un frutero. En lugar de eso, me limité a levantar la barbilla en su dirección para devolverle el saludo. Que no quisiera tener una relación seria no quería decir que

no pudiera ser educada, o incluso coquetear un poco para darle algo de emoción a mi vida.

Ninguno de los dos apartó los ojos del otro hasta que su amigo vino en su busca y se perdieron entre el gentío del comedor. No entendía cómo una simple mirada podía hacerme sentir así: expuesta y excitada. Cogí la mimosa y me la bebí de un solo trago. Aunque nada era capaz de calmar el calor que se había adueñado de todo mi cuerpo.

Volví la vista hacia Arizona y Emily. Pensé que las encontraría enfrascadas en una nueva disputa, pero no fue así. Estaban mirándome con una sonrisa boba en los labios mientras subían y bajaban las cejas al mismo tiempo.

—Oh, por el amor de Dios, solo nos hemos saludado —les aclaré.

—De ahí a enrollaros sobre la mesa solo hay un paso —canturreó Arizona.

Cogí una uva del plato de mi hermana y se la lancé. Tras desayunar nos dirigimos hacia la primera actividad del viaje y, cuando quise darme cuenta, ya habían pasado nada menos que once días desde nuestra llegada. Había tanto que hacer y tanto que ver que apenas teníamos tiempo para respirar.

Algunas cosas las hacíamos por nuestra cuenta: jugar a las máquinas tragaperras, participar en partidas de póker y bailar cada noche en una discoteca distinta. Otras, como las excursiones, las habíamos reservado con antelación para visitar los lugares más emblemáticos. Una de mis favoritas fue la noche en que montamos en helicóptero y admiramos desde las nubes el Strip de Las Vegas, la calle más famosa de la ciudad, junto a algunos de sus hoteles más icónicos, entre ellos el Luxor y el Bellagio.

Observar aquel manto de luces desde el cielo fue una experiencia inolvidable. Fue igual de increíble visitar el Gran Cañón o montarnos en la High Roller, una de las norias panorámicas más altas del mundo. Las tres lo pasamos en grande.

Mi hermana había cumplido uno de sus sueños: visitar Las Vegas. Arizona se estaba hinchando a beber cócteles y a hacer nuevos amigos, y yo estaba feliz porque Emily hubiese olvidado, aunque fuera de forma temporal, el motivo que nos había traído hasta aquí. De vez en cuando la tristeza volvía a empañar sus ojos cuando creía que nadie la miraba. Esperaba que el tiempo ayudara a cicatrizar sus heridas y que su corazón volviera a latir y confiar con la misma fuerza de antaño.

A veces, entre excursión y excursión, me cruzaba con el tío bueno del ascensor. Después de unos cuantos días, ya me había acostumbrado a nuestro particular cruce de miradas y a ese leve asentimiento de cabeza a modo de saludo. En ocasiones lo acompañaba aquella mujer rubia, de belleza clásica y con la elegancia innata de quienes han nacido entre lujos.

Hasta que, de repente, ella desapareció con la misma rapidez que el humo arrastrado por el viento. Desde entonces solo lo veía con su amigo, el que tenía escrito en la cara que era un conquistador nato. Quizá la mujer tenía compromisos que atender en otro lugar o solo había sido una aventura pasajera.

En cualquier caso, descubrirlo era la última de mis preocupaciones, y tampoco es que quisiera pensar demasiado en ello. Tenía una hermana a la que distraer, una amiga a la que controlar y un viaje del que disfrutar. Con eso me bastaba.

No obstante, al día siguiente el hombre de ojos grises volvió a cruzarse en mi camino. Y ese encuentro lo cambiaría todo para siempre.

CAPÍTULO 4



Ocurrió después de que el hotel nos recomendara hacer una excursión en quad. La idea era dejar atrás el bullicio de Las Vegas y recorrer las dunas a toda velocidad en un vehículo todoterreno. A Emily no le entusiasmó demasiado que las palabras «vehículo», «dunas» y «velocidad» aparecieran en la misma frase. Sin embargo, Arizona y yo considerábamos que necesitaba un poco de aventura y adrenalina en su vida.

Esa mañana, un coche nos recogió en el hotel y nos llevó a las instalaciones en las que tendría lugar nuestra siguiente aventura. Allí nos pusieron un vídeo con las medidas de seguridad, nos ajustaron bien todo el equipo y dimos algunas vueltas de práctica antes de adentrarnos en el desierto.

Como éramos un grupo pequeño, nos reunieron a todos en una sala para formar a las parejas que montarían en los quads. Fue entonces cuando lo vi. A estas alturas ya había soñado más de una vez con esos ojos grises y esa cicatriz en la ceja. No obstante, lo que

tenía ante mí era muy real. El tío bueno del ascensor llevaba una camisa de lino blanca con los dos primeros botones desabrochados y unos pantalones holgados.

Su amigo estaba a su lado, con unas gafas de sol que ocultaban esa mirada del mismo color que la arena. Eran el pecado de la lujuria hecho persona. Estaba segura de que, en cuanto saliéramos con nuestros vehículos, iban a provocar más de un accidente. Era imposible apartar la vista de ellos. Aunque, en mi caso, tenía predilección por uno en particular. Siempre me habían gustado las tormentas, así que cómo no iba a interesarme un hombre que tenía una encerrada en sus ojos.

El guía organizó las parejas de forma que en cada una hubiera una persona con algo de experiencia conduciendo esos vehículos de ruedas gigantes y motores furiosos. Tomamos posiciones y, sin saber muy bien cómo, acabé formando equipo con el tío bueno del ascensor, Arizona con su amigo y Emily con uno de los monitores.

—Al fin nos conocemos. Me llamo Brad. —Mi compañero de quad me tendió la mano. Intenté no fijarme en su pelo revuelto, lo bien que le quedaba esa tenue sombra de barba a su mentón ni en lo sexi que era su voz grave y rasgada. Fracase estrepitosamente—. En el folleto del hotel aseguran que sus instalaciones son enormes, pero no serán tan grandes cuando no paro de cruzarme contigo. Quizá ponga una queja por publicidad engañosa.

Reí mientras le estrechaba la mano. Así que debajo de todos esos músculos había un hombre inteligente e ingenioso. La verdad, habría sido más fácil mantenerme alejada de él si se hubiera insinuado de una forma más agresiva. Al parecer, ese no iba a ser el caso, ni yo iba a tener tanta suerte.

—Por mí no te cortes —bromeé—. Soy Samantha, pero todos me llaman Sam.

—Sam, me gusta... —El calor del desierto no iba a hacer que me desmallara sobre las dunas, pero quizá la sonrisa que me de-

dicó lo hiciera. Ese debía ser el apretón de manos más largo de la historia. Sin embargo, a ninguno de los dos nos molestó alargarlo un poco más de lo que dictaban las normas de cortesía—. Dime, ¿has montado alguna vez en quad?

—Nunca. Solo en moto. —Al final no nos quedó más remedio que separar nuestras manos.

—De acuerdo, en ese caso yo me encargo de conducir. Tú tan solo agárrate fuerte a mi espalda y disfruta del paseo. He hecho esto varias veces. No tienes de qué preocuparte.

Asentí, aunque no estaba preocupada. Me gustaban las motos y la velocidad, y no creía que pudiera pasarnos nada malo estando rodeados de tanta gente experimentada. Me aparté un momento de Brad y le di un abrazo a Emily para animarla. Su rostro había adoptado una especie de tonalidad verdosa cuando llegó el momento de subir en los vehículos.

—Si no salgo de esta, te dejo en herencia todos los regalos de la boda que no he podido devolver —me dijo mientras uno de los monitores nos iba entregando los cascos uno a uno.

—No vas a morir —le aseguré—. De hecho, vas a pasártelo en grande. En cuanto bajes de ese vehículo, estarás deseando volver a montar en él.

Me miró un tanto escéptica, pero accedió a ponerse el casco antes de dirigirse hacia su quad. Yo también intenté ponerme el mío, aunque no conseguía ajustármelo del todo.

—Me da igual cuántas veces hayas montado en uno de estos cacharros —dijo Arizona a unos metros de distancia—. Yo conduzco, guapito.

El amigo de Brad, que según había oído se llamaba Finn, le lanzó una sonrisa seductora antes de ponerse el casco.

—Creo que me ha tocado montar con la mujer más mandona y exigente de toda Las Vegas. Me gusta. —Finn se subió al vehículo detrás de Arizona y colocó las manos en su cintura. Ella lo ignoró,

arrancó el quad y lo llevó hasta la salida. Recé por aquel pobre diablo. Ser el copiloto de mi amiga era un auténtico deporte de riesgo.

Intenté colocarme el casco una vez más, pero fue inútil.

—¿Me permites? —La voz de Brad sonó a mi espalda, tan dulce y melosa, que sentí que la pregunta resbalaba por mis hombros como si fuera miel.

Me giré hacia él y, con cuidado, me colocó un par de mechones detrás de la oreja. Por un instante dejé de respirar. Juraría que sus dedos se demoraron más de lo necesario sobre mi piel. Despacio, me ajustó el casco y comprobé que seguía siendo igual de atractivo a través de la visera.

—Gracias.

Él también se puso el suyo, y las pequeñas arrugas que se formaron alrededor de sus ojos me indicaron que estaba sonriendo.

—De nada —contestó mientras nos dirigíamos hacia el vehículo que nos habían asignado.

Me ayudó a subir, se sentó delante de mí y agarró el manillar con fuerza. Me aferré con cuidado a su espalda, apenas sujetando su camisa con la punta de los dedos. Acabábamos de conocernos y no quería incomodarlo al invadir su espacio personal. Lo oí reír entre dientes.

—¿Tienes algún problema con sujetarme de la cintura? —Giró la cabeza para mirarme por encima del hombro.

—¿Quién? ¿Yo? No, claro que no.

—Bien, yo tampoco. —Cogió mis manos con firmeza y se rodeó el torso con ellas. Mis dedos se encontraron con sus duros abdominales y tuve que hacer un esfuerzo para no palparlos por encima de la camisa. Dejé caer mi pecho sobre su espalda e intenté ignorar la sensación que me provocaba sentir sus piernas fuertes y atléticas contra las mías—. Mucho mejor. —Arrancó el vehículo y nos pusimos en marcha.

Fue genial sentir el viento contra la piel y atravesar el desierto como nunca imaginé que lo haría. El azul del cielo contra el marrón de la tierra formaba un contraste precioso en el que perder la vista. En cuanto salimos de las instalaciones, los vehículos formaron una línea recta, uno detrás de otro, levantando una pequeña nube de arena a nuestro alrededor mientras avanzábamos por el recorrido que habían señalizado los monitores.

Poco después comenzamos a dispersarnos y nos mezclamos sin ningún orden en particular. Emily se quedó de las últimas, ya que le había pedido a su conductor que fuera lo más lento posible. El quad de Arizona y Finn cogió velocidad y se colocó a nuestro lado.

—¡Eh, Sam, a ver quién llega antes a la meta! —gritó mi amiga a través del casco. No esperó a que le respondiéramos. Aceleró y dejó tras de sí una ligera estela de polvo marrón.

—Bien, chica del ascensor, ¿qué opinas sobre las carreras? —chilló Brad para hacerse oír por encima del motor.

Sonreí al ver que él también me había apodado de esa manera.

—Opino que, si queremos ganarles, deberías ir más deprisa.

—Buena respuesta. ¡Sujétate!

Adelantamos al resto de vehículos sin perder de vista la espalda de Arizona y Finn, que iban unos metros por delante. Solté una carcajada mientras la adrenalina corría veloz por mis venas, casi tan rápido como nosotros. Fuimos sorteando una a una las dunas y casi derrapamos cuando les dimos alcance. Sin embargo, me sentía segura con Brad al volante. Me estaba divirtiendo como nunca y le hice una peineta a mi amiga cuando la adelantamos.

Levantó el puño en alto y, aunque no podía oírla, estaba segura de que estaba insultándome a mí y a toda mi familia. Reí con más fuerza y, cuando quise darme cuenta, ya habíamos regresado a las instalaciones. El viaje duró alrededor de una hora, pero me parecieron tres minutos. Brad me ayudó a bajar del vehículo, nos quitamos los cascos y chocamos las manos en señal de triunfo, ya

que habíamos sido los primeros en llegar. A continuación, fui en busca de Emily para ver cómo estaba.

—¿Te ha gustado? —le pregunté mientras ella dejaba su casco apoyado en el manillar del vehículo.

—Sí —respondió con seriedad.

—Pero no piensas volver a hacerlo.

—No.

Se me escapó una carcajada. Le pasé el brazo por los hombros y la guíé con el resto del grupo. Qué podía decir, algunos estaban hechos para la velocidad y otros para mantener los pies pegados al suelo. Cuando volvimos junto a Brad, le presenté a Emily. Pero antes de que ninguno pudiera añadir nada más, escuchamos un alboroto a nuestra espalda y, sin necesidad de girarme, supe que Arizona estaba involucrada. ¿Cuándo no lo estaba?

Mi amiga y Finn se bajaron del vehículo sin dejar de discutir. Hasta un ciego podía ver las chispas que saltaban entre ellos. Una de dos: o acababan matándose el uno al otro, o acostándose allí mismo, sobre la arena.

—¿Es que quieres morir? —Finn se quitó el casco—. Porque a esa velocidad podríamos haberlo hecho.

—¡Nos estaban ganando! —Arizona se apartó un par de rizos del rostro.

—Tengo ojos en la cara, encanto. Lo sé. —Él dio un paso en su dirección—. Era la primera vez que te subías a esa maldita cosa y, a veces, no sabías ni lo que estabas haciendo. Tendría que haber conducido yo y así habríamos ganado.

—Para tu información, he conducido de maravilla. Si querías ir más despacio, la próxima vez te subes con mi abuela. —Arizona caminó hacia nosotros.

—Más quisieras tú que hubiera una próxima vez —refunfuñó Finn por lo bajo.

Habían colisionado como dos trenes de mercancías a toda velocidad, aunque, por suerte, no hubo heridos. Era muy fácil provocar a Arizona, pero sus enfados duraban lo mismo que un cóctel entre sus manos, apenas unos segundos. Por lo que pude ver, Finn tenía un carácter similar. Hacía un momento parecía a punto de estrangular a mi amiga con sus propias manos, y ahora no dejaba de lanzarle miradas que no eran de odio precisamente.

Intercambiamos nombres, saludos y presentaciones. Finn resultó ser el mejor amigo de Brad y, además, trabajaban juntos en la misma empresa. Todos congeniamos a la perfección y se creó un ambiente agradable entre nosotros. Decidimos comer juntos en un restaurante que había justo al lado y nos sentamos en una mesa metálica con sillas rojas. Toda la decoración estaba inspirada en las carreras.

La parte delantera de una moto colgaba de la pared y varios cuadros en blanco y negro mostraban a gente famosa montando en vehículos de dos o cuatro ruedas. De fondo sonaba música rock para animar el ambiente, lo que me hizo sentir como en casa. Emily presidía la mesa, Arizona y Finn se sentaron en un lado y Brad y yo en el otro. Pedimos hamburguesas con patatas fritas y varias cervezas para comer.

—Es obvio que te he dejado ganar. Pensé que deberías saber lo que era llegar a la meta antes que yo al menos una vez en la vida —aclaró Finn.

—Ya, lo que pasa es que te estás haciendo demasiado viejo para esto. —Brad le señaló con una patata frita.

—¡Solo soy dos meses mayor que tú!

—Si me hubieras dejado ir a más velocidad como te pedí... —intervino Arizona, lo que provocó que ella y Finn se enzarzaran en una nueva disputa.

Aproveché para darle un bocado a mi hamburguesa. Cuando Brad nos propuso comer con ellos no me hizo mucha gracia. No

estábamos allí para confraternizar con nadie, y mucho menos con hombres. Había ido a Las Vegas con una única misión en mente: cuidar de mi hermana y hacer que se sintiera mejor tras su desengaño amoroso. Sin embargo, cuando vi que la conversación a mi alrededor era distendida y que todos bromeábamos como si fuésemos viejos amigos, me relajé.

Emily parecía encantada con la compañía de esos hombres y, si ella lo estaba, yo también. Además, no podía negar que me gustaba sentir el suave roce de la pierna de Brad junto a la mía mientras me comía una hamburguesa. Aunque sabía que eso era lo único que se iba a rozar entre nosotros.